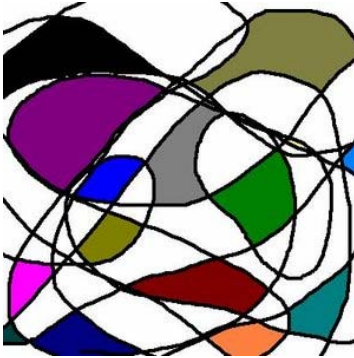


## Produce nauseas



Todo es silencio en el Ministerio de Salud.

El largo pasillo gris que nunca dobla, se multiplica en puertas y más puertas, demasiado idénticas, demasiado iguales, repitiéndose a si mismas en una redundancia aburrida que me confunde y desorienta. El ruido de mis pasos sonando con la cadencia lenta de un reloj enorme, me acompaña, denunciando a cada instante mi fatiga, mientras busco la oficina publica numero1598.

*ENTRE SIN GOLPEAR*, se anuncia escrito a mano, debajo del número de oficina que tanto me costó encontrar. Mientras abro con timidez y lentitud su puerta, lo primero que descubro es la frontera “del ellos con nosotros” Un mostrador viejo se complementa con una pequeña puerta lateral, sobre la que han escrito en letras rojas *NO PASAR*.

Ocho o diez empleadas, cómodamente sentadas en sus amplios escritorios, escuchan música tranquilas, mientras revisan hojas de libros y carpetas, de adelante para atrás y de atrás para adelante, siempre las mismas, alternando con miradas y suspiros hacia los amplios ventanales. Ninguna, salvo una, se alteró en lo absoluto por mi presencia de intruso inevitable. Fue la que giro su cabeza para ver quien era yo y que se dignó, a responderme con un agónico “*Buen día*”, a mi saludo.

Los minutos que pasaban sin que nadie me atendiese, fueron pulverizando mi sorpresa y mi alegría, de ser la única persona por atender a esa hora de la mañana. - *A las nueve recién se empieza a atender...* - me dice la empleada del giro de cabeza y el saludo, sin moverse de su escritorio para nada.

- *En el folleto dice que empiezan a las ocho...* - respondo con una voz a la que trato de reprimir y que resulte menos agresiva.
- *Si, pero se atrasa una hora cuando comienza el invierno. Está bien claro en la última página* - me contesta triunfal, mientras mira el reloj que preside la oficina con sus agujas negras extendidas, abiertas como las piernas de una bailarina de ballet, pues señalan las ocho y diez exactamente.

Derrotado e indefenso, mis ojos buscan algún banco, silla, sillón o taburete donde tirar a descansar mi agotado esqueleto. El suelo y las paredes, son lo único que me ofrece el Ministerio. Suelo y paredes duras, frías, inmóviles, como el mismo corazón de los empleados que lo habitan.

Con el correr de los minutos lentos, como el de todas las mañanas invernales, comienzan a llegar algunos de los míos. Se les nota en sus caras. Siempre nos damos cuenta. Una pareja homosexual se mantiene apartada, en un rincón. Hablan despacio, angustiados y se



consuelan tiernamente. - *lo único que quiero, si me tengo que morir, es irme sin envejecer*  
- exclama con un narcisismo intacto, que se le escapa a los gritos por cada uno de sus poros, el que parece más enfermo.

Una madre con su adelgazado hijo adolescente, drogadicto de ojos rojos, oculto detrás de cientos y cientos de tatuajes, algunos incluso superpuestos en mamarrachos indescifrables, intenta con su sermón desesperado, introyectarle ganas de vivir - *Pero mamá... lo bueno de la vida es reventar temprano* - le responde el nihilismo, transmutado en una adolescencia sin futuro, donde el HIV es una forma cualquiera, una más, de autodestruirse. Su madre, más envejecida que vieja, lo mira con tristeza.

Mas allá, un cuarentón de aspecto distinguido y elegante, enfundado en un traje y corbata al tono, apoya sus manos en la cintura mientras agacha la cabeza, contemplando las baldosas del piso encerado, quizá meditando en cuan equivocado estaba al pensar que si elegía con cuidado a la mujer, a él no le podría pasar nada. Promiscuidad, mezcla confusa, que de tantos saltos y más saltos, suele terminar en el pozo oscuro del dolor intenso. Habla con un dejo de amargura por su celular, con alguien: - *No soy gay, ni extranjero, ni negro del Brasil o de África... y sin embargo, estoy aquí.*

Al lado mío se para una mujer de edad difícil, indescifrable. Me pide fuego y me pregunta cuanto falta. Sus cabellos rojos de raíces negras, sus ojos embadurnados en abundante maquillaje, el olor de una colonia barata que la impregna, su provocativo escote y el largo de su falda, denuncian enseguida a que esta dedicada su vida. Prostitución, dependencia absoluta de cuanto le valoren los demás, su cuerpo.

El abultado expediente con mi caso, donde se acumulan mediciones, análisis, certificaciones, recertificaciones, estudios y chequeos, es tomado entre las manos de una empleada a las nueve y diez.

- *Mmmnnn... No señor. A usted no le corresponden los medicamentos contra el SIDA sin cargo. Además, tampoco los estamos entregando desde que los laboratorios le armaron un lío bárbaro al Ministro de Salud porque compró medicamentos genéricos...* - me contesta en tono de sargento una nueva empleada, que no había reparado en ella antes, parapetada detrás del mostrador y con anteojos gruesos, envuelta en guardapolvo blanco y saquito marrón, demasiado idéntica a la Directora solterona de mi escuela primaria.
- *¿Como que no me corresponden los antivirales sin cargo?*
- *No, señor. Usted tiene Obra Social. Pídselos a ellos ¿Quién sigue...?*
- *Pero yo... trabajo en las oficinas centrales de mi Obra social... y no quiero que nadie de mis compañeros se enteren que tengo Sida...*
- *La Ley de Sida lo protege contra cualquier tipo de discriminación ¿Quién sigue...?*
- *Pero mis compañeros se enterarían igual...*
- *¿Quién sigue...?*



Quince pisos. Bajé por la escalera, pues no quise esperar el ascensor. Tenía bronca. Mucha bronca. Mientras lo hacía, escalón por escalón, acelerando en pequeñas tandas de cuatro a cinco escalones, mis ojos miraban hacia abajo y hacia adentro. Me di cuenta que el bajar una escalera, siempre nos obliga a colocar los ojos, igual que si estuviésemos preocupados y tristes. Catorce. Trece.... Once... Nueve.

En mi pequeño pueblo de interior, se nos decía a los niños que el cura subía por una escalerita hasta lo más alto del campanario, para poder hablar con Dios. Hoy me siento casi igual, bajando desde el mismo Olimpo en el cual, los sagrados dioses me negaron sus favores. Me condenaron a una muerte lenta al negarme los medicamentos. Siete. Seis... Cuarto piso. Lo triste – además -, es que no puedo hablar de mis problemas con nadie. Debo arreglármelas en todo, solo... temo que se enteren en mi trabajo. No quiero cansarme y aflojé el paso. Con esta maldita enfermedad, nunca se sabe si el mínimo síntoma, termina en un cuadro grave. A cada paso hay que preguntarse ¿Será algo más? ¿O quizá, algo menos de vida? Tres. Dos. Uno... Planta baja. Salón enorme de ingreso con mucha gente. Salida.

- *Pssst. Señor... ¿Usted es el que necesita medicamentos para el Sida?*
- *Si... pero ¿como lo sabe?*
- *Tengo el Crixivan a la mitad de precio ¿le sirve...?*
- *Si... justo. Crixivan es lo que justo necesito, pero... ¿Como lo supo?*
- *Espéreme en la esquina., hablando en uno de los teléfonos públicos... - me responde un gordito con cara de “yo no fui”, anteojos oscuros para el sol y manos impecablemente suaves, que denuncian que jamás hizo nada laboral con ellas.*

Cinco minutos Diez. Me entretengo mirando los graffiti en la cabina telefónica. “Sexo sin globito” ofrece un travestí y deja un número... - *Doscientos pesos y tiene para dos meses...* - me dice el gordito, mientras pone una caja de Crixivan entre mis manos.

Los ojos se me nublan de emoción. Me han condenado a comprar mis medicamentos en el mercado negro... pero viviré. No todo esta perdido. Tengo esperanzas otra vez...

Pero mi felicidad, dura muy poco. Cuando me cruzo de vereda, veo que de la otra cabina sale el gordito con su cara satisfecha, luciendo una sonrisa. Y tres segundos después, el adolescente drogadicto de los innumerables tatuajes, contando unos pocos billetes, que guarda doblados prolijamente en sus bolsillos. La madre, no esta con él... Solo, parece un indefenso niño, un poco grande, que camina displicente, como si dijese “Total, me voy a morir igual...” El Crixivan que le dieron gratis a él, luce impecable entre mis manos... Ahora entiendo porque a veces este tipo de medicamentos, produce nauseas.

*fin*